

hacerse fuertes en la venerada iglesia del Apóstol. En vano Doña Urraca, deseosa de evitar nuevos conflictos, enviéles prudentes y fieles oficiales de palacio para que procurasen hacer entrar á los revoltosos en el camino del orden deponiendo las armas. Ciegos por su insensato encono los rebeldes, dieron muerte á los mensajeros reales, y fué ya preciso recurrir á las armas para hacerles reconocer la legítima autoridad de su soberana. A la llegada de los soldados de la Reina, convirtiéndose el sagrado recinto del templo en un sangriento campo de batalla; y no contentos los sediciosos con arrojar sobre los guerreros todo género de proyectiles, pusieron fuego á las puertas, á los altares. á cuantos objetos pudieron hallar á propósito para el incendio, y en breve las voraces llamas envolvieron la elevada cúpula de la profanada basilica.

Las fuerzas enviadas para oponerse á la rebelion viéronse obligadas á retroceder ante aquellas desenfrenadas turbas, que orgullosas con el éxito de su resistencia no tardaron en tomar la ofensiva, dirigiéndose al palacio episcopal en que estaban la Reina y el Obispo.

A la proximidad de los amotinados tuvieron que refugiarse Doña Urraca y Gelmirez en la *torre de las señales* con sus mas fieles y adictos defensores; y despues de cebarse el furor popular en cuantos objetos hallaron en la episcopal morada destrozándolo todo, roto completamente el dique á sus desmanes, acometieron la torre que servia de refugio al Prelado y á la Reina. Los ilustres sitiados no por eso sintieron decaer su espíritu: heroicamente se defendieron dentro de aquella aislada fortaleza, y á caso hubieran puesto á raya las iras de la multitud, si el mismo diabólico pensamiento que realizaron en la iglesia del Apóstol no hubiese tambien acudido en mal hora á la mente de los sitiadores. Hacinaron leña y otras materias combustibles al rededor de las ventanas de la torre, rompieron estas, arrojaron dentro y fuera sustancias inflamables, y poniendo fuego á aquella improvisada hoguera, redujeron al último extremo al Prelado y á Doña Urraca.

El humo y las cercanas llamas amenazaban ya por todas partes á

aquellas ilustres víctimas del furor popular; y comprendiendo que nada podian humanamente hacer para salvarse, dispusiéronse á morir cristianamente.

Bien hubiera podido salir la Reina en completa y franca libertad, pues los amotinados pedian exclusivamente la vida del Prelado, gritando desde afuera «que salga la Reina, si quiere; muera el Obispo con todos sus secuaces;» pero generosa y grande Doña Urraca no queria su salvacion á costa de la vida de Gelmirez y le instaba para que disfrazado ó como mejor pudiera se fugase de la torre. Mostrándose digno el Prelado de tanta generosidad, rehusó noblemente aquella oferta, «salid vos que podeis, oh Reina, le dijo, puesto que «yo y los míos somos el blanco principal del encono de esa furiosa «gente;» y cediendo la Reina al fin á las exhortaciones de Gelmirez, y mas que nada al ver facilitada la fuga de este por un disfraz que en aquel apurado trance le proporcionó el Abad de San Martin, abandonó la torre atravesando por entre la muchedumbre que lejos de respetarla y en el paroxismo de su ira, la cubrió de baldones dirigiéndola toda clase de insultos y denuestos, llegando hasta á rasgar sus vestiduras, destocarle el cabello y arrojarla por tierra.

Asustada de su misma audacia la multitud retrocedió un momento, que aprovechado astutamente por el Obispo, le sirvió para atravesar rápidamente por medio de las frenéticas turbas, envuelto en la capa de un pobre hasta llegar al templo de Santa Maria.

Allí se acogió tambien la maltratada Doña Urraca; y entre tanto prosiguió el furioso ataque de la *torre de las señales*, muriendo entre las llamas ó precipitados desde lo alto de ella los leales servidores de la Reina y del Obispo, entre los cuales perecieron víctimas de su lealtad y cariño un hermano y un sobrino de Gelmirez.

Cuando las furiosas turbas penetrando en la torre, buscaron en vano al Prelado, su enconada ira llegó al último grado de la desesperacion; é inquiriendo sin cesar, allanando casas, profanando templos, registrándolo todo, no respetaban nada ni perdonaban medio que pudiera conducirles á sus terribles intentos.

El Obispo entretanto comprendiendo que tampoco estaba seguro en el templo de Santa Maria, andaba como un criminal perseguido de casa en casa y de iglesia en iglesia, trepando muros, trasponiendo tejados, y escalando ventanas, hasta que despues de mil lances en que estuvo á punto de perder la vida, logró encontrar mas seguro asilo en un convento de los afueras de la ciudad, donde por dicha del Prelado no pensaron los sediciosos en ir á buscarle.

La Reina, contra la cual era mucho menor el enojo, pudo entrar en tratos con los rebeldes, si bien á costa de prometer que les daria otro Obispo y que se gobernaria la ciudad á satisfaccion del pueblo; añadiéndoles, acaso con astuta sagacidad, que aquel pacto seria ratificado por su hijo, el conde de Trava y los principales magnates de la corte, medio por el cual probablemente Doña Urraca quiso, como vulgarmente se dice ganar tiempo, pues no se hallaba muy dispuesta á cumplir lo ofrecido como demostró en breve.

Las concesiones arrancadas con la violencia generalmente son poco duraderas, y en el momento en que Doña Urraca se vió libre de aquel terrible conflicto, claramente manifestó sus designios, de no cumplir lo convenido, considerándolo y con razon nulo, como todo pacto en cuyo consentimiento ha intervenido coaccion ó fuerza. El conde de Trava que á la noticia de los graves sucesos de Santiago, habia acudido con su régio pupilo y con su ejército á las cercanias de la ciudad compostelana, esperaba solo para entrar en ella de grado ó por fuerza, que la Reina estuviese libre del furor popular; y asi fué que apenas se vieron reunidos en el campamento de las tropas leales, Doña Urraca con su hijo y el Prelado Gelmirez, marcharon sobre la desatentada poblacion, decididos á castigar su audacia y rebeldia.

Ante la expectativa del castigo que se les presentaba, temieron los santiagueses, creyéndose impotentes para resistir las fuerzas que sobre ellos venian; y ya pasada la efervescencia del tumulto, y habiendo sustituido con el tiempo pasado, á la irreflexiva ira la razonadora calma, creyeron lo mas prudente implorar la indulgencia de la Reina.

Gravísimas habian sido las ofensas recibidas y los delitos y desma-

nes cometidos; pero generosa siempre Doña Urraca, y mas dispuesta al perdon que á la estéril violencia, oyendo los ruegos de los principales ciudadanos que salieron á implorarla, hubo de volverlos al fin á su gracia. Deponiendo entonces los insurrectos las armas, dando por disuelta su *germania* ó *hermandad*, que en rigor no habia llegado á tener verdaderas formas de bien cimentado acuerdo, juraron nuevamente fidelidad á la Reina y respeto y sumision al Obispo, dando en rehenes cincuenta jóvenes de las familias mas principales. Con esto quedó terminada aquella terrible y fatal lucha, sin que Doña Urraca sacrificase en aras de su orgullo ofendido y de su autoridad ultrajada una sola victima, pues á todos los indultó de la pena de muerte en que habian incurrido, contentándose con desterrar y confiscar sus bienes á los mas declarados fautores de la rebelion y con imponer á la ciudad una pena pecuniaria.

Repuesto el Prelado en su silla, restituidas en su mayor parte las alhajas robadas, reparada la iglesia del Apóstol y el palacio episcopal á costa de los insurgentes, siguieron despues varios años en que no solo gozó de mayor tranquilidad el Obispo sino que habiendo ocupado la silla de San Pedro Calixto II, hermano del difunto Ramon de Borgoña, primer marido de Doña Urraca y padre del joven príncipe D. Alfonso, consiguió Gelmirez ver elevada la sede de Santiago á la categoria de metropolitana, aunque para ello tuviera que hacer tan cuantiosos sacrificios, que segun la ingenua y cándida frase de los autores de la historia compostelana «¿quién podrá decir cuanto gastó «del tesoro del Apóstol y aun de su propio bolsillo para ver finalmente «realizado su deseo!»<sup>1</sup>.

Supónese por algunos autores que influyeron mucho para que el Pontífice hiciera aquella anhelada concesion, promesas hechas por el Obispo de trabajar activamente en favor del hijo de Alfonso de Borgoña y sobrino del Papa, sin tener para nada en cuenta y aun con

<sup>1</sup> Hist. compostel. lib. II. cap. 16. Ademas de las grandes partidas en metálico que manifiestan los autores de dicha historia, escrita por dos canónigos de Santiago de órden del mismo Obispo, refieren que envió á Roma una mesa redonda de plata que habia sido del rey moro Almoſtain, una cruz de oro, regalada por el rey Ordoño al templo del Apóstol y otras varias alhajas de oro y plata; pero que no bastando todo esto para completar 250 marcos de plata, añadió el Obispo otros 40 de su peculio privado.